

¿QUÉ ES UNA ACADEMIA EN EL SIGLO XXI ?

*Conferencia de D. Gabriel de Broglie
al incorporarse como miembro correspondiente a la
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
en sesión pública del 26 de marzo de 2008*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Leograf

Rucci 408 - Valentín Alsina - Prov. de Bs. As. en el mes de mayo de 2008.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2007 / 2008**

Presidente Académico GREGORIO BADENI
Vicepresidente Académico ISIDORO J. RUIZ MORENO
Secretario Académico HUGO O. M. OBIGLIO
Tesorero Académico JORGE EMILIO GALLARDO
Prosecretario Académico FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Protesorero Académico HORACIO SANGUINETTI

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA ..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE.....	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Pedro J. FRÍAS	10-12-80	Estanislao Zeballos
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO.....	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI.....	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos María BIDEGAIN.....	25-06-86	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Carlos A. FLORIA.....	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN.....	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA ..	22-04-87	Nicolás Avellaneda

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Gerardo ANCAROLA	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI.....	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ.....	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Félix LUNA.....	23-04-97	Roque Sáenz Peña
Dr. Víctor MASSUH	23-04-97	Domingo F. Sarmiento
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU.....	28-04-99	José de San Martín
Dr. Adolfo Edgardo BUSCAGLIA.....	10-11-99	Dalmacio Vélez Sársfield
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA	27-11-02	Carlos Pellegrini
Dr. Miguel M. PADILLA	24-09-03	Bartolomé Mitre
Sr. Jorge Emilio GALLARDO	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Estaban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA.....	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA.....	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO.....	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA	14-09-05	Deán Gregorio Funes

*Apertura del acto a cargo del
académico Presidente Gregorio Badeni*

En su primera sesión pública del corriente año, la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas se complace, honra y enriquece, en grado sumo, con la incorporación a su claustro del académico Gabriel de Broglie como miembro correspondiente con residencia en Francia.

Gabriel de Broglie es una distinguida personalidad del ámbito científico mundial, ampliamente conocida por su vasta, profunda, extensa y creativa labor intelectual, impregnada de talento, sabiduría y sólidos principios morales.

Reconociendo su trayectoria, a la cual se referirá el académico Jorge Gallardo en su presentación, de Broglie fue designado miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia, de la Academia Francesa, y más recientemente, Canciller del Instituto de Francia, prestigiosa entidad científica en la cual se concentran las academias de dicho país.

Compartiendo su línea de pensamiento consideramos que la interdependencia científica de las academias, concretada especialmente en la segunda mitad del siglo XX, trae aparejado un desafío en el siglo XXI. Es la integración de las academias afines europeas y americanas mediante el uso inteligente de los novedosos medios técnicos de comunicación social, para difundir la actividad cientí-

fica en la sociedad generando una provechosa aproximación entre ella y las academias.

Al saludar respetuosamente al nuevo miembro de nuestra Academia y expresarle las más efusivas congratulaciones, aspiramos a que su creatividad y realismo le deparen los mayores éxitos en las funciones que desempeña.

Señor académico, le reitero nuestra cordial bienvenida haciendo entrega del diploma que lo unirá permanentemente a nuestra Corporación.

*Palabras de presentación a cargo del
académico de número Jorge Emilio Gallardo*

Para nuestra Academia la presente ceremonia constituye una fiesta sin precedentes, ya que oficializa su parentesco con la homóloga de París y con el Instituto que la cobija, y lo hace mediante la presencia emblemática del señor Gabriel de Broglie, canciller de esa alta Corporación, a quien acompaña su distinguida esposa, madame Diane de Broglie. No soy ajeno al alto honor que representa pronunciar estas palabras de bienvenida en ocasión de su incorporación como miembro correspondiente.

Por todo concepto extraordinaria, nuestra reunión nos alcanza la felicidad transitoria de este instante, pero también tiene la virtud de proyectar su espíritu en la breve historia de nuestra Corporación, y de sellar tal parentesco cultural y científico con la efigie de Minerva que le es propia. La diosa romana de la sabiduría hallará entre nosotros un campo fértil al que deseamos todos servir en la medida de nuestras posibilidades. Tal influencia es hoy más bienvenida que nunca en nuestro país, pues los factores de educación y cultura atraviesan entre nosotros por una situación crítica. Sin ir más lejos, la televisión, a la que el señor canciller del Instituto ha dedicado tantos de sus esfuerzos, presenta entre nosotros el perfil de un campo minado por la ausencia de valores, a lo que ciertos esfuerzos buscan hoy proponer soluciones.

La presencia del canciller del Instituto de Francia tiene la potestad de configurar una alianza por muchos conceptos justa y deseable. Hace pocos meses, esa organización poderosa reunió a las Academias de Europa en su sede histórica de París y convocó a renovados esfuerzos. Sólo beneficios podemos esperar en materia cultural de esta visita cargada de significados, y que revive los vínculos perdurables trazados por la pasada presencia en nuestra tierra del gran espíritu de Roger Caillois, a quien tuve el privilegio de tratar.

No es el caso de trazar un detallado retrato de las benéficas influencias culturales de Francia a poco de ser declarada nuestra Independencia en 1816. D'Orbigny pisó los talones de Darwin cuando en tiempos de Rosas visitó nuestras tierras y, como el sabio inglés, tuvo el coraje de aventurarse en tierras de indios. Martin de Moussy nos conoció tan a fondo durante varios años que sus descripciones del territorio, editadas por Firmin Didot, superaron los dos tomos prometidos y obligaron a un tercero, más un complemento cartográfico. Aquel esfuerzo, sucesivamente apoyado por los presidentes Urquiza, Derqui y Mitre pero parcialmente incomprendido en debates parlamentarios, mereció del senador Nicasio Oroño el siguiente comentario: “Es sensible decirlo, pero no conocemos las provincias del interior y era menester que viniera un hombre del extranjero a hacerlas conocer y a ese hombre debe acordársele un premio mayor del que se propone”.

Como entonces, fue siempre necesario que viniesen hombres del extranjero para esclarecernos: educadores como Amadeo Jacques en el siglo XIX y maestros rigurosos como Paul Groussac en el siglo XX. Bienvenido, pues, en el siglo XXI, el más alto exponente de las academias francesas, aquellas cinco que se cobijan bajo la Cúpula del Instituto de Francia.

El señor Gabriel de Broglie pertenece a la más antigua y a la más moderna de ellas: la Académie Française y la Académie des Sciences Morales et Politiques. Dos meses antes de ser elegido

por sus pares como responsable del Institut, nuestra Academia lo designó miembro correspondiente en atención a los mismos méritos que sus colegas franceses quisieron recompensar a fines del año 2005.

Nuestro ilustre invitado es un humanista de prolongado desempeño en la Consejería de Estado y en otros altos resortes de la Administración, el Audiovisual, la Francofonía y la Historia Diplomática. Preside la Sociedad de Bibliófilos Franceses y el Nouveau Cercle de l' Union, club que tiene reciprocidad con el Círculo de Armas de nuestra ciudad. Es historiador de los siglos XVIII y XIX, como lo testimonian sus obras sobre el general Cyrus de Valence, MacMahon, el orleanismo, pero es además un descendiente de estirpes que durante el Ancien Régime fundaron el universo cultural de su patria. Un tema tan contemporáneo como el del derecho de autor en Internet fue tratado por él, en una demostración de la amplitud de sus intereses.

M. de Broglie se diplomó en el Institut d' Etudes Politiques de Paris y estudió en la Ecole Nationale d' Administration. Como asesor y consejero de Estado desarrolló una actividad de primera magnitud política, pues estuvo junto a Malraux, Jeanneney, Schumann, Couve de Murville, Michelet y Bettencourt. Fue también profesor y *maître de conférences* en la escuela donde se graduó, en la Ecole des Hautes Etudes Commerciales y en la Ecole Nationale d' Administration y encargado de curso en la Ecole de l' Aviation Civile.

En la Académie des Sciences Morales et Politiques reemplazó en 1997 al historiador François Puaux, y en la Académie Française ocupó el sillón del escritor, político y diplomático Alain Peyrefitte, a quien hace treinta años visité en su propia casa.

Monsieur le Chancelier: Comme j' ai eu le grand honneur de vous dire il' y a deux jours à l' occasion de la Journée

Interacadémique célébrée en votre hommage, votre présence parmi nous a comblé la mesure de nos désirs, car étant élu Membre Correspondant de notre Corporation vous aviez suggéré la date présente pour être formellement reçu.

Dans cette journée pour nous inoubliable je peux imaginer que vous n'avez trouvé chez nous, certes, la grandiosité des endroits qui vous son propres, ni les Prix Nobel qui vous entourent tout naturellement. Vous ne trouverez pas non plus, monsieur le Chancelier, des discours prolongés jusqu'à une heure, c'est à dire une totalité continuée de deux heures de discours, comme chez vous, ni des propos si profonds, si riches, si élégants comme dans votre vie coutumière. Nous n'avons pas de châteaux, ni de palais, ni d'uniformes, et nos propos sont simples dans sa diversité naturelle, mais nous avons une vocation plutôt européiste qui nous verse vers vous de la façon la plus spontanée.

Je vais vous prouver que viens de dire la vérité en ne parlant plus et en vous disant de mon grand honneur et ma félicité d'être en ce moment le témoin collectif pour exprimer, monsieur le Chancelier, notre satisfaction de votre décision d'accepter et de siéger parmi nous en votre qualité de Membre Correspondant.

Soyez donc, Monsieur, le bienvenu.

¿QUÉ ES UNA ACADEMIA EN EL SIGLO XXI ?

Por el académico correspondiente
D. GABRIEL DE BROGLIE

Es con inmenso placer y profunda gratitud que respondo a la invitación de participar de una sesión entre ustedes. Al hacerlo, reitero los pasos de los colegas del Instituto de Francia que ustedes mismos recibieron antes que a mí, ya que son numerosos los que pertenecieron a una academia argentina, tanto de Medicina, Letras, Ciencias, Historia y probablemente también a la de Ciencias Morales y Políticas, aunque no tengo la seguridad de esto.

De esta manera ustedes ensanchan la pasarela viviente entre nuestros dos Mundos, nuestros dos países, nuestras dos ciudades, Buenos Aires y París. Cuanto más nos rodea la mundialización a ustedes y a nosotros, más parece necesario reavivar nuestros recuerdos en común para acercar nuestros trabajos e intercambiar nuestras experiencias.

Soy el feliz beneficiario de esta circunstancia. Adhiero a ella de todo corazón y les expreso mi sincero reconocimiento.

¿Cómo me atrevo a plantear aquí la pregunta sobre qué es una academia?

Espero que perdonen esta impertinencia, esta trivialidad. Ustedes saben muy bien, por cierto, lo que es una academia; ustedes que hacen vivir la suya y lo hacen de forma brillante desde

1938, cuando su nombre fue elegido en homenaje a su homóloga francesa, nacida poco más de un siglo antes. Lo sabemos también nosotros en nuestra memoria colectiva, y desde hace más tiempo, ya que en Europa, desde el Renacimiento, la búsqueda de la verdad, del bien común y de la belleza perseguida por literatos, artistas e investigadores, bajo la conducción de sus príncipes mecenas o déspotas ilustrados, fue la fuente de un progreso continuo y fecundo. Las Academias fueron, en cada país, el ámbito de esta fermentación. Proveyeron el marco de las transformaciones afianzadas y extendidas al conjunto de Europa en un entretejido a veces polémico, mas frecuentemente de colaboración, que ha sido caracterizado en una fórmula que retiene todavía su valor: “el Parlamento del mundo estudioso”.

Los rasgos característicos de este mundo académico son los mismos en todos los países. La excelencia como vía de acceso, la independencia como razón de ser y la investigación desinteresada como utilidad social.

En textos remotos se ha afirmado con frecuencia, en una fórmula algo grandilocuente, que la misión de las academias era “la ilustración y el perfeccionamiento de las ciencias, las artes y las letras”. Se considera hoy que la fórmula se presta a la crítica. Es mejor decir que las academias tienen, cada una en su especialidad y todas en conjunto, las mismas misiones: memoria, transmisión, búsqueda y creación. Las academias argentinas florecieron sobre el terreno fértil de la Independencia. La historia no ha permitido federar estas diferentes corporaciones de vuestro país bajo la égida de un Instituto, como en Francia o en España, país que ha influido en su constitución y mantiene con ellas vínculos privilegiados. Existió en tal sentido un proyecto, a iniciativa del ministro de Educación Atilio dell’Oro Maini a mediados de los años cincuenta, pero no prosperó.

Todavía no han sido superadas las vocaciones por preservar la memoria, privilegiar la transmisión, la investigación y la crea-

ción. La opinión manifiesta hacia los trabajos científicos un no desmentido interés. Nuestros contemporáneos descubren el valor del patrimonio en el mismo momento en que se agotan los recursos tradicionales para sustentarlo. En una época en que tantos recursos están sometidos a reevaluaciones brutales, como el agua, el aire, el mar, el petróleo, es la herencia del pasado que se muestra como un valor estable para ser defendido.

Como en todas las épocas de alteración vertiginosa –y las hemos conocido- nuestro tiempo de ruptura busca evitar la ruptura total y mantener viviente un lazo irremplazable y amenazado, el lazo entre ayer y hoy, entre la tradición y la novedad.

Con su seriedad, solidez, discreción, las academias pueden convergir. Sobrevivieron a muchas revueltas, las de hace más de dos siglos en Francia, las de la segunda mitad del siglo XX en algunos lugares de Europa, los sobresaltos políticos en la Argentina. Las academias han sobrevivido a los ataques contra su conservadurismo, sus errores, sus debilidades. Han sobrevivido también a las burlas que jamás dejaron de existir a su respecto.

Para darnos una clara noción de esto no resisto a citar a Paul Valéry :

“He tratado de mostrar que este misterio existe, nos distingue y tal vez eleva a la Academia por no sé qué de vago, de inexpresable, que se mezcla siempre a la idea que despierta su nombre. Una cosa no vale sino en la medida en que escapa a la expresión..., esta suerte de trascendencia se acusa y se demuestra suficientemente a través de la amplitud de nuestras elecciones...”

En referencia a las críticas y a las burlas las explica así :

“Le faltaría algo a nuestra gloria, del mismo modo que a Molière, si las leves y permanentes flechas le fuesen ahorradas. Quienes las capturan al vuelo para volver a lanzarlas no advierten que con ese gesto se instalan en la tradición, como nosotros mismos. Los burlones son para nosotros consubstanciales.”

Pero la simbólica social y una virtud consagratoria no son las únicas en obtener este resultado. Más eficaz a este respecto habrá sido la adhesión, jamás desmentida, a una concepción a la vez racional y visceral del progreso de la sociedad. Cuando se observa las temáticas que presidieron en el siglo XIX la creación de las primeras academias argentinas ¿cómo no ver en ello la preocupación por esta necesidad de las ciencias y el progreso: la medicina en 1822, las ciencias en 1869, las ciencias exactas, físicas y naturales en 1874, la historia en 1893 y más cerca de nosotros las ciencias económicas en 1914?

Esta concepción adoptó formas diversas en Europa: el humanismo en el siglo XVI, la República de las Letras en el XVII, las Luces en el XVIII, el Progreso en el XIX. ¿Acaso el triunfo final de la democracia liberal haya sido el comienzo de la segunda mitad del siglo XX? Vuestro país podría ser un ejemplo. En todo caso es temprano para predecir lo que será la filosofía de nuestro siglo XXI. Esperemos simplemente que esta filiación no sea interrumpida.

Es precisamente para entrar en nuestro tema que podrá justificarse la pregunta que me atreví a plantear al comienzo de mis palabras. Todo cambia en nuestra época de manera tan brusca y profunda que sería sorprendente que el espíritu académico permaneciese inmutable, inalterable como un vestigio geológico.

Por lo pronto, ¿qué significa ser académico hoy?

Los académicos no son personas de fortuna, ni mundanos. Tampoco son malvados, como con frecuencia ocurrió en el pasado. No se ingresa en el Instituto para ganar dinero. Las relaciones se desarrollan dentro de un mundo en el que el dinero personal no cuenta mucho y donde los recursos propios de las academias se han agotado o jamás existieron... Pero a la inversa, se entra para estar de igual a igual con figuras admiradas y que se desea conocer. “*Somos un pueblo de únicos*”, escribió Maurice Druon. Debió haber agregado “*y un pueblo de iguales*”.

Por supuesto, ser académico no representa lo mismo para todos. Para los grandes universitarios es la prolongación de una carrera brillante y existe un parentesco particular y estrecho entre las dos instituciones intelectuales más venerables en cada país. Para los investigadores de cincuenta años se trata de una zambullida en un mundo solemne que no conocen y que están felices de descubrir. Para los artistas, al menos para los que han seguido el recorrido profesional, es una consagración, tal como la entrada en un club. Para los altos funcionarios es un suplemento de dignidad siempre perseguido.

¿Y para los escritores?

La pregunta ha agitado el mundo literario durante todo el siglo XIX, y ha sido resuelta gloriosamente en los tres primeros cuartos del siglo XX. La pregunta se plantea hoy de otra forma. Los mejores escritores, en particular los creadores de ficción, tienen ante todo la necesidad de preservar la esfera de su creación y de su trabajo. No buscan como en otra época espacios para la sociabilidad, que por lo demás no existen. Se benefician, por lo contrario, debido a una poderosa mediatización, pero cuyas formas eligen cuidadosamente. No es seguro que la forma de mediatización que les confieren las academias sea la más conveniente para ellos. En nuestros días, la elección de universitarios, ensayistas, dignatarios, se muestra más fácil que la de los novelistas o dramaturgos que formaron el corazón de las academias literarias nacionales, en particular de la Academia Francesa.

De donde viene la pregunta más general: ¿Qué es una academia en el siglo XXI? Todavía no lo sabemos, pero sabemos bajo qué ángulos se instala la pregunta. Quisiera enumerar algunos.

Las academias y la democracia

Lo que puede ser puesto en discusión es la pregunta por su legitimidad. Las academias son por sí mismas excepciones del principio general de igualdad. La sabiduría, la ciencia, el talento, no excluyen que puedan ser generadas entre las academias y los actores del debate democrático, representantes del pueblo y gobernantes. La situación de los cuerpos intermediarios es delicada en cada país y su justa influencia no es fijada en la simple frase de un texto, sino en los lugares respectivos de los poderes políticos y de las corporaciones eruditas en las sociedades avanzadas. Lo que puedo decir en este tema es que la sociedad menos descentralizada que existe, Francia, es aquella en la cual el Estado acuerda a las Academias el más solemne reconocimiento. Los tambores de la Garde Républicaine son una tradición no sólo de forma, sino que expresa un verdadero homenaje colectivo.

Este lazo con la democracia es ejemplar en la Argentina. La primera de las academias, la de Medicina, creada en 1822, lo fue bajo el gobierno progresista y pro europeo de Bernardino Rivadavia. Las academias fueron puestas entre paréntesis bajo la dictadura de Perón a partir de 1950 para ser restalecidas tras su partida en 1955.

Las academias y la independencia

Esta es la propia razón de su ser. Son conocidas las condiciones que se requieren: el reclutamiento por cooptación, la libre administración, la independencia intelectual, la elección de los temas, la organización de los trabajos, los informes libre, erudita y serenamente rendidos a los poderes públicos, pero también a las demás instituciones cultas, y ante toda la Nación. Incluso enton-

ces, la independencia no será sólo el resultado de un texto. Todavía es necesario que el Estado reconozca dicho *status* privilegiado.

La autonomía de las academias argentinas fue decidida en 1925 por el presidente Marcelo de Alvear. Es necesario igualmente que las academias dispongan de los recursos necesarios. Sé que la situación financiera es muy sensible, particularmente en la Argentina. Se trata de una dialéctica constante pues los peligros no sólo provienen del Estado, sino de otros poderes, los de las empresas y profesiones, los medios de prensa y de opinión. También allí, en Francia como en la Argentina, los medios y más precisamente la gran prensa parecen no saber cómo dar cuenta de la vida académica y de la riqueza de las reflexiones de ese orden, jalones tan fundamentales en la vida democrática e intelectual del país.

En Francia, la independencia respecto del Estado está formalmente garantida por la ley, recientemente confirmada en 2006. Respecto de la opinión y del mundo económico, dicha ley proviene de una sólida tradición ontológica. Pero la independencia financiera de las academias no está garantida por los poderes públicos. Resulta por ahora de un mecenazgo cuya vigencia no se detiene y permite al Instituto y a las academias ejercer un papel creciente en los dominios de la investigación, la ciencia, la medicina, la enseñanza, la acción humanitaria y, por supuesto, las letras y las artes.

Las academias y la ciencia

Todas las academias tienen una vocación estudiosa, de investigación, incluso científica. ¿Es posible mantener hasta edad avanzada la información científica de los académicos o su comprensión de las situaciones nuevas?

Más importante aún: ¿es fecundo el cruce de las disciplinas? La respuesta es: dos veces sí. Por cierto, quedaron configurados

los modelos de Pico della Mirandola y de los grandes humanistas del siglo XVII, Descartes o Hensius. Grandes figuras de espíritu universal supieron, en la Argentina, encarnar este ideal académico. Pienso en Bartolomé Mitre, fundador en 1893 de la Academia de la Historia y Numismática, o incluso, más cerca de nosotros, Angel Gallardo, miembro de muchas academias, a la vez diplomático, rector y ministro. Pero debe afirmarse que el Parlamento del mundo estudioso es, más que nunca, una institución necesaria.

Las academias y la legislación

Las academias podrían intervenir en la formación de la ley pero rara vez lo hacen, ajenas a su especificidad. El desarrollo forzado y el ritmo de los procedimientos rara vez permiten una intervención de los estudiosos. Es una lástima. El Parlamento y los innumerables consejos que concurren para la legislación actúan demasiado herméticamente y no consultan bastante a las academias.

Las academias y las reformas

Adaptar las estructuras y las mentalidades a las evoluciones contemporáneas es cada vez más obra de especialistas y técnicos. Las academias pueden establecer diagnósticos, síntesis. ¿Se encuentran en la mejor situación para concebir las mejores formas de organización social? En lo que se refiere a la enseñanza, claro que sí. Para las reformas sociales habría a menudo ventaja en reunir esclarecidas opiniones en materias de ética, moral, violencia, criminalidad, juventud, defensa. Esto lleva tal vez a las temibles preguntas sobre la composición sociológica de las academias, de la paridad entre hombres y mujeres, de la edad de los académicos.

Las academias y la identidad nacional

Este asunto presenta dos aspectos.

Por una parte, frente al extranjero. Las academias cumplen una función de representación y de intercambios, por ejemplo a través de la elección de correspondientes extranjeros (sistemática en las ciencias), y por las relaciones bilaterales.

Existen redes de academias, sobre todo en ciencias. Conozco los estrechos vínculos entre las academias argentinas con sus homólogas de América Latina y españolas. Es la prueba de cierta unidad y la ilustración de la fuerza planetaria de la lengua española. No existe suficiente relación entre academias europeas, que tienen mayor parentesco recíproco y más temas en común. Hemos tratado de plantear esto a partir del encuentro que organicé en octubre en París. Las respuestas colmaron lo esperado y mostraron que, en general, la inquietud era compartida.

Por otra parte, las academias desempeñan un papel en la conciencia de cada país. Esta vocación está presente en ellas. Su propio nombre lo testimonia. Las academias nacionales no son las únicas. Las academias regionales son muy vitales y activas. ¿Cómo no mencionar las de Córdoba en Derecho, Ciencias y Ciencias Sociales? Conservaron su vocación estudiosa tradicional local y participan con las academias nacionales una nueva vocación consistente en constituir un polo estimulante, iluminador, susceptible de proyectar en múltiples ámbitos las ideas innovadoras y la creación contemporánea, de complementarse y de animar la vida intelectual de su país en todas sus partes.

El Instituto de Francia y las academias del quai de Conti, cada una a su manera, desempeñan en realidad el papel de componente y, sin duda, de agente catalizador de la identidad francesa.

Las academias y las universidades

Tal vez se presente aquí el mayor desafío de nuestro tiempo. Universidades y academias nacieron de un mismo movimiento. Hasta los años 1920, ciertas academias argentinas dependían de la universidad. Durante un tiempo, las academias dominaron el mundo de las ideas en la alta erudición y en la artes. Después, la vocación de las universidades se extendió a todas las disciplinas y sobre todo se extendió a la investigación. Su desarrollo cuantitativo fue hasta hoy considerable. Dos mundos, pues, ninguno de los cuales es superior al otro, y que persiguen fines comparables pero en condiciones muy diferentes. Distancia y colaboración, concurrencia y complementariedad, los dos mundos deberán convivir, no especializarse uno de ellos en detrimento del otro, sino respetarse recíprocamente, admitir una ley de desarrollo autónomo en cada cual, y cultivar su respectiva vocación.

Las academias y la lengua

El asunto es tan antiguo como las academias. Desde siempre, las academias tienen por vocación ilustrar la lengua nacional, servirla, definir reglas y usos. Pienso en las tareas cumplidas por la Academia Argentina de Ciencias y Letras, fundada en Buenos Aires el 9 de julio de 1873, que hasta su disolución en 1879 pudo elaborar un *Diccionario de argentinismos*. Ninguna academia renuncia a la misión de defender y salvaguardar todas las lenguas en torno de las cuales las naciones fueron unificadas, que son vehículos de la cultura sobre nuestros territorios y mucho más allá y constituyen, debido al plurilingüismo al que estamos ligados, una de las riquezas de Europa.

Las academias y la mediatización

Hace mucho tiempo que nuevas formas de intercambiar información se multiplicaron con la prensa, la radio y la televisión. Es hoy necesario no sucumbir a la atracción de este nuevo poder, sino evitar la propia desaparición en este océano de mensajes sin origen, de comunicación sin contenido; o sea, de descubrir cuál mediatización conviene a las academias para hacerse escuchar, y cuáles medios de expresión –fuera de las sesiones solemnes y de los grandes discursos– deben ser empleados para ejercer una atracción ante los intelectuales de calidad, los variados talentos de nuestro tiempo y todas las categorías de la población.

En un momento en el que muchas tradiciones, usos e instituciones resultan sumergidos por los asaltos de la mundialización y de la profunda crisis de la educación, las corporaciones estudiantiles reivindican su condición de academia, que es sinónimo, como lo he dicho, de independencia, excelencia, consejo desinteresado. Presentan el ejemplo de instituciones que se mantienen, que se adaptan a la modernidad, pero que no reniegan de nada. Son, por lo tanto, intemporales, y por ello modernas. Viven en medio de los grandes ejemplos del pasado y de los grandes problemas del momento. Como lo expresó maliciosamente pero con mucha precisión mi colega Jean d' Ormesson: “La mayor tarea de la tradición consiste en rendir al progreso la cortesía debida, permitiendo al progreso surgir de la tradición como la tradición surgió del progreso”.

Es natural, por lo tanto, que las academias se ofrezcan como ejemplo, que se las exponga como ejemplo de una identidad segura de ella misma, abierta sobre lo exterior tanto desde el punto de vista de la lengua como de las obras y de las ideas, y siempre favorables al intercambio, ya que los trabajos del espíritu carecen de fronteras. Es propio del espíritu académico cumplir un papel de puente entre las culturas y de luchar para que la universalidad del

espíritu y la fuerza del pensamiento independiente sean reconocidos. Es una vocación que exalta, y responde a una necesidad de nuestro tiempo.

Y podemos estar seguros, señoras, señores académicos, de que para desempeñar este papel y difundir el presente testimonio los candidatos no son escasos.

Traducción de Jorge Emilio Gallardo

*Presentación del académico D. Gabriel de Broglie
a cargo del académico Jorge Emilio Gallardo,
durante las Primeras Jornadas de Artes, Humanidades y
Ciencias, organizadas por la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas y la Academia Nacional de Ciencias
Exactas, Físicas y Naturales, bajo el lema “La cultura es una”
en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires,
el 24 de marzo de 2008*

La primera visita a la Argentina del Consejero de Estado Honorario señor Gabriel de Broglie se debe a que pasado mañana será recibido como miembro correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. La designación fue hecha en Buenos Aires en 2005, dos meses antes de su elección por sus pares como Canciller del Instituto de Francia, cargo que lo instaló en el más alto nivel de la conducción de las Academias en su país.

Nuestro ilustre invitado pertenece a dos de aquellas cinco altas Corporaciones: la Academia Francesa, la más antigua de todas, ya que data de 1635, y la más joven, fundada en 1795: la de Ciencias Morales y Políticas.

Es sintomático que al elegir a su Canciller los académicos de Francia se hayan fijado, como lo habíamos hecho nosotros, en un humanista de largo desempeño en la Consejería de Estado y en otros altos resortes de la Administración, la actividad audiovisual y la francofonía, la historia diplomática y la bibliofilia, que por lo demás preside el Nouveau Cercle de l' Union; en el historiador de los siglos XVIII y XIX, en el pensador sin fronteras, pero también en un descendiente de estirpes que durante el Ancien Régime fundaron el universo cultural de su patria. Un tema tan contemporáneo como el del derecho de autor en Internet fue tratado por él, en una demostración de la amplitud de sus intereses.

M. de Broglie se diplomó en el Institut d' Etudes Politiques de Paris y estudió en la Ecole Nationale d' Administration. Como asesor y consejero de Estado desarrolló una actividad de primera magnitud política, pues estuvo junto a Malraux, Jeanneney, Schumann, Couve de Murville, Michelet y Bettencourt. Fue también profesor y *maître de conférences* en la escuela donde se graduó, en la Ecole des Hautes Etudes Commerciales y en la Ecole Nationale d' Administration y fue encargado de curso en la Ecole de l' Aviation Civile.

En la Académie des Sciences Morales et Politiques reemplazó en 1997 al historiador François Puaux, y en la Académie Française ocupó el sillón del escritor, político y diplomático Alain Peyrefitte, a quien hace treinta años visité en su propia casa.

No debo extenderme; sólo presentar de la manera más respetuosa y cordial al señor de Broglie, a quien acompaña su distinguida esposa. De su vasta experiencia de vida y protagonismo en el plano de las altas corporaciones cabe esperar hoy un mensaje del mayor interés para nosotros. El presente viaje es demostrativo de su interés por nuestro país y por nuestro continente en momentos en que el Institut de France acaba de afianzar sus vínculos con las Academias de Europa y está atento a cuanto ocurre en las altas corporaciones del resto del mundo. En un mundo más y más

atraído por la dispersión, el materialismo y el menosprecio de la profundidad conceptual tanto como el rechazo de las formas, deseamos aprender de los valores permanentes de Francia, tal vez como ya lo hicimos en el siglo XIX.

Celebramos que sea ésta una demostración de que continúan vivientes las huellas culturales de Francia en la Argentina, como ocurre desde tiempo remoto y más recientemente desde que Roger Caillois y Paul Verdevoye sembraron entre nosotros para ampliar el magisterio de Minerva, la diosa de la sabiduría cuya efigie acompaña, no en vano, al símbolo del Instituto de Francia.

Monsieur le Chancelier: Naturellement, votre nom est bien connu et respecté parmi nous. Précédée par les générations de vos ancêtres et même par la célébrité de votre oncle le prince Louis de Broglie, Prix Nobel de Physique en 1929, votre identité nous était connue comme l'historien du XVIIIe. et du XIXe. siècle, le biographe de quelques personnages historiques même peu connus, como ce général Cyrus de Valence que vous avez décrit, et comme l'exégète de l'orléanisme et de la présence de Guizot à travers de votre histoire. Nous savions que vos études les plus récents vous avaient même mené sur un sujet si contemporain comme les droits d'auteur dans le monde d'Internet.

Votre présence en Argentine est un signe de la vitalité des idées et même de notre vocation européenne, malgré le triomphe apparent des banalités et de la décadence éducative chez nous, où la télévision est arrivée à son étage le plus bas. Je n'hésite pas à vous dire que vous êtes, donc, ne vous en doutez pas, monsieur le Chancelier, notre ancre de salut.

LOS TRABAJOS INTERACADÉMICOS. SU NECESIDAD Y DIFICULTAD

Por el académico D. GABRIEL DE BROGLIE

Señor presidente, señores presidentes de academias, señor embajador, señoras y señores académicos, señores y señoras:

Debo ante todo agradecer vuestra recepción, agradecer al señor Jorge Emilio Gallardo sus benévolas palabras a mi respecto y decirles cuán sensible soy a esto, que considero un privilegio, de intervenir en la presente jornada interacadémica puesta bajo el lema “La cultura es una”. Usted lo ha resumido magistralmente, señor presidente. Me referiré a un tema que puede ser objeto de reflexión y de interrogante por nuestra parte: la necesidad y la dificultad de los trabajos interacadémicos.

En los tiempos presentes es cada vez más difícil, si no imposible, estar informado de todo, y esto es a la vez más y más necesario. No es la primera vez que así ocurre. En el Renacimiento –una gran época para las ciencias y para la aceleración de los progresos científicos– probablemente algunos genios pudieron impulsar ese movimiento y resultar después de los siglos un modelo de cultura general, un modelo de hombre muy esclarecido, que en el siglo XVII fue llamado “l’ honnête homme”, en el siglo XVIII “l’ amateur”, pero sobre todo “l’ amateur” provisto de “luces”.

Nuestras academias nacieron de esos trabajos y de esa confianza en el progreso. Hace mucho tiempo se pensó que los académicos y estudiosos podrían dedicarse con autoridad a asuntos relativos a diversas disciplinas ajenas a la propia, incluso las más vastas, del pensamiento, las letras, las artes. Me parece que los estudiosos intentan hoy alejarse lo más posible de su especialidad, que quieren reconocerse por ejemplo en la bioética; en la geografía, particularmente la económica; en el desarrollo sustentable, los asuntos climáticos, el *status* de la investigación, la propiedad intelectual (sobre todo en las ciencias), la enseñanza en su conjunto, y los grandes interrogantes de nuestro tiempo relativos a las sociedades, al progreso social en el que tanto se creyó en los siglos pasados. No nos es posible encarar esto, como tampoco pueden hacerlo ustedes, incluso en el plano universitario, sino mediante la interdisciplinariedad, y en el interior de las academias gracias a los trabajos interacadémicos.

Quisiera darles algunos ejemplos, si bien no a título de modelos, como algunos trabajos interacadémicos cumplidos en el Instituto de Francia en los últimos años, en los que ustedes encontrarán seguramente los temas de sus propios trabajos: seguridad alimentaria y desarrollo durable (Academia de Ciencias y Academia de Ciencias Morales y Políticas); consecuencias científicas, jurídicas y económicas del Protocolo de Kyoto (Academia de Ciencias y Academia de Ciencias Morales y Políticas), derechos de la propiedad intelectual sobre las invenciones y provisión de empleos, cirugía y terapia celular, intento de lograr un pacto de soluciones sobre propiedad científica e investigación, proyectos de investigación e investigación de proyectos.

También la paleografía: clima, cultura y sociedad de los tiempos prehistóricos; identidad posible o cierta de individuo y persona, contratos de explotación y derecho de patentes de invención, propiedad industrial, clima, tempestades, la naturaleza y la pasión, la identidad cambiante del individuo (Academia de Cien-

cias y Academia de Ciencias Morales y Políticas, y dos Academias Pontificias de Ciencias y de Ciencias Morales y Políticas), etcétera. Hay otros ejemplos que pueden encontrarse en los propios trabajos de ustedes.

Esta suerte de enumeración plantea el problema de la configuración de las academias, la que podrá extenderse a un grupo de países, y en el futuro tal vez a una escala universal. Podría pensarse que todo el asunto se reduce al hábito de trabajar en común entre la Academia de Ciencias y la Academia de Ciencias Morales y Políticas. De esta forma habría dos academias que concentrarían la investigación y los trabajos sobre los temas del futuro, pero no sería el caso de dejar afuera a las restantes academias, en particular a la Academia Francesa y la Academia de las Inscripciones.

Existe otra orientación que es inversa y consiste en aumentar las academias según su especialidad. Se puede pensar así en una academia de arqueología, de historia, de geología, de teología, de arquitectura, de tecnología, de economía. Los ejemplos provienen de la experiencia extranjera. Creo que la Argentina se ha aproximado a una solución de esta naturaleza, pero la multiplicación de las academias arrastra la fragmentación de las disciplinas, y no su reagrupamiento. Ello tampoco resuelve el problema de la frontera, por ejemplo, entre las ciencias duras y las ciencias humanas, ni la propia novedad e interdisciplinariedad de los asuntos que hoy se plantean en la sociedad.

Ante tal dificultad, se ha pensado entonces en reagrupar los trabajos entre academias y algunos han propuesto cuatro grandes grupos de disciplinas. Habría así las ciencias humanas, las ciencias del pensamiento —es decir la filosofía, las matemáticas—, las ciencias de la vida y las ciencias de la tierra en el universo. No siempre hay fronteras claras entre ellas, sino que con frecuencia atraviesan por territorios que les son comunes. Toda frontera es frustrante y difícil de atravesar y lo propio de las academias es la amplitud de su objeto, es decir la permeabilidad de las fronteras,

de las experiencias, de las disciplinas. Y existe sobre todo el interés por hacer que los trabajos compitan entre sí.

Tal vez esperen ustedes que les diga si un Instituto facilita o aporta una solución, y cuál es la situación del Instituto de Francia en relación con las cinco academias que lo integran. Es un asunto no siempre bien comprendido y que se explica simplemente por la cronología.

En el siglo XVII fueron creadas cuatro Academias Reales: la Academia Francesa, la de las Inscripciones (es decir, la Antigüedad), la de Ciencias y la de Bellas Artes. La Revolución suprimió las Academias Reales, como era de suponer, en 1789, pero la Convención consideró que la República no podía desinteresarse del progreso de las ciencias, las letras y las artes. Es así que en 1795 fue creado el Instituto, compuesto por diversas categorías, y que cubría los dominios de las antiguas academias. Pero entre las categorías de las academias había una nueva: la de Ciencias Morales y Políticas.

Napoleón, muy orgulloso de ser miembro del Instituto en la sección de Matemáticas como oficial de artillería, atribuyó al Instituto de Francia la competencia de consolidar la Revolución y le concedió el bello Palacio de las Cuatro Naciones, sobre el quai de Conti.

En 1816 la realeza fue restablecida y en un movimiento completamente natural fueron restablecidas las academias con sus antiguas denominaciones, pero la de Ciencias Morales y Políticas no existía en el Antiguo Régimen y no fue restablecida. El Instituto de Francia había adquirido ya suficiente prestigio y renombre, sobre todo en los trabajos científicos, para contribuir a restablecer el sistema anterior y Luis XVIII, con su sabiduría, mantuvo el Instituto, al que no podía tocar. Creó entonces cuatro academias reagrupadas en el Instituto de Francia, en la sede del Palacio de las Cuatro Naciones.

Puede ser útil, ya que también es un tema de ustedes, decir una palabra sobre lo que ocurrió con la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Esto nos interesa porque es un tema que tenemos en común. Fue una creación de la filosofía de las Luces. Fue Condorcet el primero, y en su discurso de incorporación en la Academia Francesa en 1782, siendo matemático en la de Ciencias, planteó al mismo tiempo el tema de las Ciencias Morales, nacidas después con el objeto de poder seguir el mismo método de las primeras academias y adquirir una terminología tan exacta y precisa como para arribar a las mismas calidades de certeza.

En 1792 el propio Condorcet presentó a la Asamblea Legislativa un proyecto de decreto que proclamaba a las Ciencias Morales y Políticas en una vía separada, para no confundirlas con las otras. Mirabeau habló de las Ciencias Filosóficas, el abate Grégoire y Daunou retomaron la propuesta de Condorcet de 1792 y el Directorio creó la segunda clase del Instituto con el nombre de Ciencias Morales y Políticas. Esta noción estuvo directamente inspirada en el espíritu de las Luces a través de la Revolución.

La idea desarrollada en aquella época fue que diferentes disciplinas permitirían fundar científicamente la marcha de la sociedad y evitar conflictos. La psicología social, la legislación, la economía política, son entonces ciencias, incluso para mejor mostrar la amplitud de la transformación social. Es una ciencia en la que ciertas líneas designan ya a la matemática social.

Este gran sueño no sobrevivió al poder del Primer Cónsul, que suprimió la clase de las Ciencias Morales y Políticas pese a haber surgido él mismo de la filosofía de las Luces, y consideró que no existían Ciencias Morales y Políticas, y lo hizo a través de una reforma sutil.

Entonces, curiosamente, la Restauración puso aparte las Ciencias Morales y Políticas. ¿Por qué? Porque en esa clase del

Instituto había regicidas. Los ideólogos de la monarquía restaurada, legítima, no habían previsto disciplinas que reuniesen a las Ciencias Morales y Políticas. Entonces no era algo propio de los liberales, de los doctrinarios, nervios de la Restauración, y se creó a título privado en 1819 una Société des Sciences Morales et Politiques, donde estaban Guizot, Victor de Broglie, Benjamin Constant y otros.

Cuando Guizot llegó al poder como ministro de Instrucción Pública en 1832 estableció una Academia de Ciencias Morales y Políticas. Él nunca había sido académico. Se reafirma así la existencia de una ciencia y se la califica con la fórmula ya establecida de Académie des Sciences Morales et Politiques, tradicional por cierto, y que no sería ya modificada. La duda era si no sería una denominación algo anticuada. En 1860 se propuso que fuese denominada Academia de Ciencias Humanas, pero fue una iniciativa de raíz materialista que no se consideró como un aporte dada la amplitud temática de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Y se asistió, para sustentar aquella tesis, a la afirmación de que éstas no eran dos ciencias acumulativas ni alternativas sino una sola: las ciencias morales y políticas. Sabemos tan bien como ustedes que un sentido acumulativo domina y nos impone un cierto pragmatismo en los métodos, y una gran apertura de espíritu.

Si volvemos al asunto de la necesidad de los trabajos interacadémicos, la complejidad de los problemas que se plantean hoy nos conducen a plantear la necesidad de adaptarlos a la evolución social, que a su vez no concluye, sino se acelera, y es precisamente en una situación de esta naturaleza que interesa instalarlas en el tema de la estabilidad, de la tradición. En realidad, ya que se trata de una reflexión sobre las estructuras sociales, propondría una distinción entre la *estructura de acción* –que debe adaptarse a las circunstancias para responder al espíritu de la época y para transferir las realidades sociales– y la *estructura de reflexión*, que

no necesita de este punto de apoyo en la realidad para volver a lo suyo, y que tampoco necesita anclar en lo concreto.

La utilidad de las academias en la sociedad contemporánea atraviesa por su capacidad de evaluación, que les es desde luego propia. Esto es lo que lleva hacia adelante los trabajos interacadémicos. ¿Se trata de un regreso al ideal del Renacimiento, al modelo sapiente de un Pico della Mirandola, una especie de figura simbólica? No lo creo. Lo necesario es una transposición al dominio del pensamiento de métodos de trabajo bien conocidos, probados con anterioridad, métodos colectivos no ya dogmáticamente verticales sino horizontales, y métodos de trabajo colectivo en red, como son encarados modernamente. Es una aplicación a nuestros trabajos académicos del célebre principio formulado por Teilhard de Chardin, y que es evidente: «Todo lo que converge se eleva».

Me parece, señoras y señores académicos, que se trata de una apuesta conforme a nuestras tradiciones, y también a nuestras ambiciones. Les estoy infinitamente agradecido por haberme proporcionado hoy la ocasión de presentársela.

Traducción de Jorge Emilio Gallardo

EL INSTITUTO DE FRANCIA Y LAS CINCO ACADEMIAS

Por el académico correspondiente
D. GABRIEL DE BROGLIE

Para hablarles del Instituto y de las academias podría haber elegido una serie de anécdotas, o bien referirme a las propias instituciones. Decidí expresarme a título personal, sin comprometer de ninguna manera mis funciones de Canciller del Instituto, en una charla sobre las Corporaciones del Quai de Conti vistas desde su interior y en nuestros días, e intenté describir aquel medio prestigioso y sorprendente, de diversidad extrema y a la vez de gran unidad, donde existen especialidades profundizadas hasta la obsesión, pero donde cada una de ellas tiende a un ideal de universalidad. Este esfuerzo conjunto desde la erudición hacia el pensamiento es lo que nos moviliza y acaso sea nuestra razón de ser.

Primero, un cuadro de conjunto.

Todo arranca de la creación de la Academia Francesa en 1635, paso fundador y fecundo que poseía sus propios gérmenes de desarrollo y que fue constantemente reforzado, incluso por necesidad, cuando la Convención y Napoleón quisieron contrarrestarla. Ella

arrastraría todo lo demás: la creación de la pequeña entidad pronto denominada Academia de las Inscripciones, de la Academia de Ciencias, de las Academias de Arte, convertidas bajo el Antiguo Régimen en la Academia de Bellas Artes. Esos son nuestros orígenes reales, más presentes de lo que podríamos imaginar porque ellos nos dan las raíces y una genealogía.

La Revolución comienza por suprimir las academias. Luego, por otra vía creadora funda el Instituto Nacional, convertido en Instituto de Francia, con fórmulas bastante grandilocuentes de Danton, Lakanal et M. J. Chenier, pero que retomaban las muy penetrantes ideas de Condorcet y de Talleyrand: “El compendio del mundo erudito, el cuerpo representativo de la República de las Letras, una enciclopedia viva”. Esta creación es magnificada por Bonaparte: “Las verdaderas conquistas, las únicas que no dan ningún remordimiento, son las que se hacen sobre la ignorancia... La verdadera potencia de la República Francesa debe consistir a partir de ahora en no permitir que exista una sola idea nueva que no le pertenezca”. Esta tradición revolucionaria y consular es completada por la afectación del Palacio de las Cuatro Naciones al Instituto y por la instalación de la estatua de Napoleón, de cuerpo entero, en la capilla de Mazarin, lo que renueva la tradición monárquica, la rejuvenece y la legitima, anclándola en la tradición de la Filosofía y de las Luces.

Luis XVIII restauró las academias, como se podía esperar, pero mantuvo el Instituto, cuyo renombre ya adquirido bastó para alejar las amenazas de supresión. De ahí nace la tercera raíz, de la del siglo XIX, que hace coexistir las academias y el Instituto, que las completa mediante el restablecimiento de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, suprimida por Bonaparte, y que multiplica el brillo del conjunto por la extraordinaria floración de talentos y genios del siglo.

Tales son los orígenes y la composición de esta familia, de este grupo, de este racimo de entidades que tienen, además de sus

trabajos particulares, las mismas misiones sumadas que conviven hasta hoy y desde hace más de dos siglos en feliz armonía en el Quai de Conti.

Esta acumulación de glorias explica el prestigio actual del Instituto. ¿Cómo se manifiesta? El título que usan los integrantes de las cuatro academias, y que satisface plenamente a los que lo llevan, es el de “miembro del Instituto”. El frac bordado, que remonta al Consulado, es común a los miembros de las cinco academias. La espada, vigente tras el retorno de Egipto (y no debido al decreto de creación del Instituto, época en que sus miembros usaban bastón), es de uso generalizado a los miembros de las cinco academias. En fin, la Cúpula es el lugar de las grandes ceremonias, y la fecha de la sesión solemne de reanudación de tareas tiene lugar cada año el martes más cercano al 25 de octubre, fecha en que fue fundado el Instituto. Marc Fumaroli celebró la Cúpula como uno de los lugares de Memoria de la Nación, en los “lugares de memoria” dirigidos por Pierre Nora.

El pertenecer al Instituto aporta entonces la consagración, el prestigio, la satisfacción a la mayoría de los académicos, es decir a los miembros de las cuatro academias. La quinta es la Academia Francesa. Abordamos ahí las particularidades de cada academia que componen el Instituto de Francia, con sus orígenes, sus tradiciones, la naturaleza de sus trabajos, particularidades de las que proviene la riqueza del conjunto.

La Academia Francesa es entonces de otra naturaleza. Ella goza de un prestigio inmenso proveniente de los más gloriosos méritos de sus miembros, y que se extiende a muy amplios círculos de opinión mucho más allá de las letras, de los intelectuales o de las personas cultas. Es la Nación quien confía a la Academia y a sus miembros una notoriedad, una función intelectual, literaria, honorífica, protocolar. Estos atributos provienen de un magisterio sobre el vehículo del pensamiento en todos los órdenes y el

depósito de obras del espíritu, la lengua francesa, nuestra santa madre la lengua francesa.

En consecuencia, se fijó como tradición para los miembros de la Academia Francesa el adjuntar a a sus nombres la célebre mención “de la Academia Francesa” y no “miembro del Instituto”. Una señora dijo en cierta ocasión al señor Alain Decaux: —“Señor Decaux, ¿en qué año entró usted al Instituto? —Pero yo no soy miembro del Instituto, respondió el académico.—Pero, ¿cómo?, yo lo he visto en la televisión con su hábito y su espada, y era para una sesión de la Academia Francesa”. Alain Decaux me confió que él no se había dado cuenta de que era miembro del Instituto hasta que, como miembro de la Academia Francesa, aceptó la pesada responsabilidad de Presidente del Colegio de los Conservadores de Chantilly, que pertenecía al Instituto. Esos miembros tienen derecho de precedencia sobre los demás del Instituto. En el protocolo interno del Instituto el Secretario Perpetuo tiene preeminencia sobre todos los personajes del Instituto, comprendido el Canciller, incluso fuera del protocolo oficial exterior. Después de su elección, los miembros de la Academia Francesa son recibidos en audiencia por el Presidente de la República, mientras que la elección de los restantes miembros es aprobada por decreto, sin audiencia. En fin, la recepción de los nuevos académicos se hace bajo la Cúpula en el transcurso de una sesión particularmente solemne, que es todo un acontecimiento en la vida de las letras y de la sociedad. La recepción de los miembros de las otras academias se hace con mayor simplicidad. Ocurre que soberanos o jefes de Estado de visita en París desean ser recibidos en la Academia Francesa, como Pedro el Grande lo fue cuando viajó con el título de Conde del Norte. No ocurre lo propio en las otras academias. Pero en el transcurso de una ceremonia reciente, en la cual el señor Vladimir Putin deseó ser recibido por el Instituto en pleno, el canciller y los cinco secretarios perpetuos pronunciaron discursos de recepción, y el señor Putin les respondió en conjunto. En fin, hay detalles

erróneos, como cuando los guías de los “bateaux-mouches” que transportan a los turistas sobre el Sena anuncian por los altoparlantes: —“Ahora pasamos frente a la Academia Francesa”.

Hay muchas otras particularidades de la Academia Francesa que traducen su preeminencia. Un ejemplo lo muestra la apelación de Inmortal. Nadie pensaría en quejarse porque es el uso, porque es el caso de los más ilustres de sus miembros y finalmente porque todos obtienen brillo de esta proximidad académica. La apelación de Inmortal es reciente. Ella remonta a la novela de Alphonse Daudet aparecida en 1888, que quiere ser una sátira mordaz contra la Academia Francesa a través de un terco personaje, Astier-Rébu, quien consagra toda su vida a ser elegido académico y enseguida secretario perpetuo, pero resulta víctima de un falsificador, como le ocurrió al erudito Philarète Chasle.

Ante la virulencia de la sátira los académicos respondieron con el desafío. ¿Inmortales? Pues bien, de acuerdo. Ellos usaron y dejaron usar el calificativo, más corrientemente en plural. La apelación venía en realidad de la inscripción que figuraba sobre las medallas de las academias del siglo XVII y sobre las puertas del salón de las academias en el Louvre y que proclamaba: “A la Inmortalidad”. El uso ha reservado sin embargo la apelación de “inmortales” a los miembros de la Academia Francesa a partir de la novela de Daudet. Otra particularidad es la importancia dada al sillón que se ocupa, es decir a la serie de académicos que lo han ocupado antes.

Paul Valéry intentó explicar el “misterio” de la Academia Francesa: “he procurado demostrar que ese misterio existe, que nos distingue y que tal vez eleva a la Academia con no sé qué de vago, de inexpresable, que se mezcla siempre a la idea que su nombre despierta. Una cosa sólo vale en la medida en que escapa a la expresión..., esta suerte de trascendencia es bastante visible debido a la gran libertad de nuestras opciones...”. Luego contesta a las críticas y a las burlas contra la Academia Francesa

y explica: “le faltaría algo a nuestra gloria, como le faltaría a Molière si le fueran evitados los permanentes dardos. Los que retoman estas flechas y vuelven a lanzarlas no perciben tal vez que cumplen su tradición tanto como nosotros. Nuestros bur-lones nos son consustanciales”.

La Academia Francesa no es la única en tener sus particularidades. Cada academia tiene las suyas pertenecientes a su historia y a su vocación. La Academia de Ciencias es la que posee las más fuertes especificidades. Por su objeto mismo, su importancia, su peso en la vida social, y por la celebridad de los más prestigiosos eruditos. El desarrollo formidable de las ciencias desde hace un siglo y más todavía desde hace un siglo y medio ubica a esta Academia en el corazón de numerosos y difíciles problemas: difusión del saber; memoria de la ciencia, evaluación de los trabajos, de los métodos, de los equipos; problemas de aplicación en el ámbito de la tecnología; problemas de estrategia de las prioridades y de los grandes objetivos; problemas de la enseñanza superior e incluso del sistema educativo, y en fin, evidentemente, problemas de ética, de sociedad, de lengua y más generalmente de cultura. Podemos estar impresionados frente a la amplitud de tales ámbitos y su implicancia en todos los grandes temas del momento.

Las consecuencias han sido extraídas en la reforma de 1975, concebida para permitir a la Academia de Ciencias cumplir su desempeño, un papel activo en la vida científica nacional. Un crecido número de académicos: 250, es lo que vuelve a esta Academia muy diferente de otras; una edad reducida, lo que comporta también una gran diferencia; un elevado número de correspondientes, una asociación más estrecha con las acciones de los poderes públicos por las publicaciones, los consejos, la presencia en las instituciones científicas y las instancias de programación y de evaluación; una red académica internacional extremadamente activa, mantenida principalmente, gracias a las elecciones de miembros extranjeros asociados o correspondientes.

Agreguemos aún otras particularidades: los efectivos de la Academia de Ciencias impiden que ésta pueda reunirse en forma plenaria. La Academia organiza trabajos en numerosas divisiones, secciones, comisiones. Los miembros de la Academia de Ciencias consagran más trabajos a su academia que en las otras academias. Una proporción importante de esos miembros no posee uniforme ni espada pero eso no significa de ninguna manera que sientan menos apego al Instituto que los otros académicos. Su orden de preocupación es otro. Ellos se someten tanto o quizás más que los otros, a esta ley de la atracción intelectual que, para retomar una fórmula teilhardiana, hace converger las mentes que se elevan.

La *Academia de Inscripciones*, segunda en el orden de fundación y en lo protocolar, cultiva con talento y actividad su alta reputación científica de sabiduría y de excelencia, abierta a disciplinas diversas: Antigüedades, Edad Media, Prehistoria, Civilizaciones Orientales, Historia de las religiones.

La *Academia de Bellas Artes* ejerce con elegancia, sin vanguardismo ni superficialidad su misión de fomento, de conservación, de transmisión, de sostén a los artistas, de defensa de las artes y de gestión de un prestigioso patrimonio.

La *Academia de Ciencias Morales y Políticas* se caracteriza por la riqueza de los temas sobre los cuales reflexiona y por su interés de complementar disciplinas sobre los muy actuales asuntos sometidos a su examen.

Más allá de esas particularidades, algunos matices diferencian a las academias:

- Está la Academia Francesa y las otras.
- Están las academias ricas y las academias pobres.
- Están las academias que no cuentan con secciones, es decir, cuyos miembros tienen toda vocación de participar en el

conjunto de las misiones de su Corporación o bien cuyas misiones están concebidas con espíritu de sincretismo y de plenitud, englobando la actividad de todos los miembros: es el caso de la Academia Francesa y de la Academia de Inscripciones. Las otras tres Academias cuentan con secciones según las disciplinas, con distribución de efectivos y de ciertas misiones.

- Están las academias donde es mantenido un sabio equilibrio entre universitarios y no universitarios. Es el caso de Inscripciones y de Ciencias Morales y Políticas. Los otros no buscan este equilibrio: incluso en la de Ciencias, la casi totalidad de los miembros son investigadores.
- Están además las academias que no tienen correspondientes o que los tienen, pero los asocian poco a sus trabajos. Es el caso de la Academia Francesa, que no los tiene, y de la Academia de Bellas Artes y de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Las otras dos academias asocian a miembros correspondientes e incluso los consideran como integrantes de un vivero de donde podrán ser extraídos por elección los futuros miembros.

Me doy cuenta que no he abordado el punto que alimenta más conversaciones, cálculos, esperanza, intrigas. Quiero hablar de las elecciones. Ahí, todas las academias están ubicadas en una situación comparable, aun si los ritos son diferentes. Para entrar en el Instituto, el escritor, el profesor, el erudito, el hombre o la mujer célebre cambian de naturaleza. Se convierten, entonces, en candidatos. La candidatura ha sido preparada a menudo con mucho tiempo. Viejas amistades o amistades cultivadas lo han facilitado. Finalmente viene el momento, determinado por la edad, la obra, las circunstancias, los amigos.

Lo primero es elegir el sillón. En la Academia Francesa se dice el sillón. En otras academias se dirá más bien el sitial. Donde

las hay, se elige también la sección. Se podría pensar que no hay verdaderamente elección. En efecto, el grabador no va a ser candidato en la sección de arquitectura, pero sí en la de Ciencias y Bellas Artes. En la de Ciencias Morales y Políticas esto es menos seguro. Puede haber conflicto entre cuatro secciones: filosofía, moral y sociología, entre historia y sección general. Pero esta elección es irreversible. No se cambia de sección. Se elige luego la vacante en función del anterior titular, su disciplina, su personalidad, y en función del número de vacantes existentes o previsibles.

Saber quién es candidato *contra quién*._

Jacques Isorni dedicó un libro a este segundo estado que se apodera del candidato y al que él llama “la fiebre verde”. Describe entre otras cosas la recepción del Secretario perpetuo, por la que todos los actores pasan y donde conversan con recelo e hipocresía algunas semanas antes de una elección.

Se abre la campaña. El candidato vive en un mundo parecido al “Sueño de una noche de verano”. Los peores asnos se convierten en brillantes señores y las arpías en temibles princesas. Luego, una vez pasado el día de la elección, el sueño desaparece. Todo vuelve a ser gris, feo, normal.

Los usos varían:

- En Ciencias, los miembros buscan eventuales candidatos en su disciplina, y los presentan a comisiones que operan una primera selección.
- En la Academia Francesa sólo existe la visita, por otro lado prohibida por el reglamento pero admitida por el uso.
- En Inscripciones y Letras y en Ciencias Morales y Políticas el candidato se presenta con una reseña sobre sus trabajos y publicaciones, y envía sus libros más recientes. Las visitas son siempre un momento destacado de la campaña, que nu-

merosos escritores han narrado, en particular Chateaubriand y Vigny. Esas campañas obedecen a ritos. Es obligatoria la mayor cortesía. La conversación se generaliza y es festiva. El académico conserva la libertad de sufragio. No acepta invitaciones, regalos ni libros. Tampoco ofrece bebidas. Las anécdotas a propósito de las visitas son innumerables.

Después viene el día de la elección y su resultado. Se podría pensar que no hay más que un hecho que cuenta: ¿se es elegido! Hay muchos otros casos posibles: 1º Se es elegido; 2º Otro candidato es elegido y, si hubo elección, contra quién fue; 3º Nadie es elegido. Es una elección blanca y la vacante no es llenada. Habrá enseguida un nuevo escrutinio. Antes, los candidatos desafortunados podían volver a presentarse inmediatamente. No así en la actualidad.

Hay que saber también cuántos votos se obtuvieron: más de 10 o menos de 10; compararlos con los puntajes establecidos antes de la elección, lo que inspira amargas reflexiones sobre la sinceridad de las certezas dadas, sobre la hipocresía de las actitudes. Es conocida la respuesta de Edgar Faure: “Le prometí mi voto. ¡El hubiera querido además que se lo diera!”.

Hay que ver también si los votos obtenidos en las diferentes vueltas de escrutinio aumentaron o disminuyeron, lo que sería mala señal. Es conocida la ley de Pierre Moinot: “Las elecciones en la Academia son imprevisibles antes e inexplicables después!”. Podríamos también citar la palabra cruel de François Mauriac, que fue elegido joven y expresó ante sus colegas nonagenarios: “Son muy divertidas las elecciones. ¡Habría que hacerlas más seguido!”. Después de la Gran Guerra se habló de elecciones de mariscal, ocasión en que fueron elegidos en la primera vuelta de su primera candidatura Joffre, Clemenceau, Pétain, Weygand.

Podríamos hablar también de elección de Cardenal.

En ciertos casos lo que se expresa es la amargura del candidato no elegido. Así Champollion, el gran egiptólogo, se había presentado en 1829 y fue derrotado por M. Pardessus, alcalde de Blois, diputado, abogado. Entonces exclamó con rabia, pero también con ironía: ¡Fui puesto debajo de Pardessus!. 1

En algunos casos un Académico forma parte de otra academia. Los casos de bi-academismo son numerosos; el más frecuente es una academia y la Academia Francesa. Los casos de tri-academismo son más raros. Citamos a Dacier, Guizot, Victor Duruy y también el duque de Aumale en circunstancias dignas de ser recordadas. Era ya miembro de la Academia francesa y de la Academia de Bellas Artes por sus actividades de historiador y de mecenas. Había reconstruido Chantilly tras legarlo al Instituto y cuyas colecciones enriquecía cada vez más. En 1886, tras un incidente político durante el casamiento del conde de Paris, el Parlamento castigó con el exilio a todos los miembros de las familias que habían reinado en Francia. El duque de Aumale partió para Londres, donde ya había pasado más de veinte años y continuó enriqueciendo su museo. Al considerar la situación demasiado injusta, la Academia de Ciencias Morales y Políticas decidió por unanimidad elegirlo en su seno, en ausencia y sin que hubiera campaña. La mesa directiva de la academia fue a anunciar la elección al Presidente de la República, Casimir Perier, y le pidió tomar medidas para que el nuevo elegido pudiera ocupar su sillón. El Presidente comprendió el mensaje y redujo a la condición de exiliados a los pretendientes de las familias que habían reinado. El duque de Aumale recobró Chantilly, pero no todos los peligros se habían alejado del magnífico legado. El Parlamento podía todavía expropiar el terreno. El duque de Aumale decidió entonces transformar el legado en una donación con efecto inmediato, para lo cual redactó el acta .

Citemos otra expresión de amargura, la de Mérimée que con su pluma ácida denunció la hipocresía de sus colegas durante su

elección en noviembre de 1843. –“Sobre 38 votantes tuve 25 votos y M. Ternaux 11. Dos votos perdidos. Hay 27 que dicen haber votado por mí pero no había más que 25 boletas a mi nombre. Nuestro Señor encontró un traidor entre los 12 apóstoles; yo salí mejor, porque sólo tengo 2 sobre 27”.

Felizmente hubo un caso del que se habló bastante: el sillón 41. Arsène Houssaye escribió un lindo libro con este título. Cada cual hizo su lista. ¿Olvidos?: Pascal, Saint-Simon eran desconocidos; Molière, comediante; Rousseau no era francés; Stendhal murió demasiado temprano. A. Daudet no quería, tampoco Goncourt. El verdadero “olvido” fue Balzac. Hugo se presentó muchas veces antes de ser elegido; Zola lo hizo 19 veces sin ser elegido. Un sondeo en 1892, un concurso en 1935 y diversas posiciones tomadas por académicos enumeraron una veintena de candidatos para el sillón 41.

Podríamos multiplicar los relatos y las anécdotas, pero tales peripecias no bastan para describir la vida académica.

Me gustaría ahora hablarles de una transformación mucho más importante que se produjo en los últimos años, la del mecenazgo. Las academias han lanzado en todo tiempo concursos, otorgado premios, coronado de laureles, acordado becas o ayudas. En todo tiempo han recibido legados, donaciones, colecciones y museos. La transformación más reciente es la del mecenazgo por fundaciones.

Desde hace menos de diez años, siete u ocho, muy grandes fundaciones han sido creadas, cuyos fundadores, empresas o particulares, han querido resguardar al Instituto de Francia en los ámbitos de la ciencia pura, de la investigación biológica o médica, en el ámbito humanitario o bien cultural. Esas grandes fundaciones son una docena, cada una con un consejo de administración,

con comités de selección. Ellas otorgan algunos grandes premios, una quincena, y una cantidad de otros premios, de becas de investigación, de subvenciones y de concursos de toda especie.

Tales sumas así distribuidas han crecido de manera vertiginosa. En 1998, el Instituto distribuía 400.000 euros. Hoy distribuye 12 millones, o sea treinta veces más.

Los montos de esos grandes premios alcanzan cifras considerables. La Fundación Louis D. otorga cada año dos grandes premios, uno científico, otro cultural o humanitario, de un monto igual a 750.000 euros cada uno. La Fundación Lefoulon-Delalande, en el área de la investigación cardiovascular otorga cada año un premio de 500.000 euros. La Fundación del Duca otorga dos premios de 300.000 euros, uno de 200.000 euros, varios de 100.000 euros, etc. Algunos de esos premios, según se puede ver, alcanzan y sobrepasan los montos de los premios más elevados en el mundo y se comparan con el Premio Nobel.

Se trata de una revolución que hace del Instituto uno de los mayores actores del mecenazgo distribuido, o más bien redistribuido, porque esas sumas impresionantes no constituyen una riqueza propia del Instituto, sino recursos que provienen de las fundaciones y son redistribuidos por el Instituto.

La gestión de los fundadores es notable. Es la de particulares que decidieron –por razones siempre personales, a veces íntimas– consagrar una parte de su patrimonio con inmensa generosidad a una misión elegida por ellos y de interés general, que ha recibido la sanción del Consejo de Estado. Es también una gestión de empresa, desinteresada y de interés general.

Se trata de iniciativas privadas, finalmente reconocidas y fomentadas por el Estado, desde el 2003 en particular, que no vienen a competir con el Estado –éste no tiene vocación para hacer todo ni financiar todo– pero que amplían la acción de los grandes laboratorios públicos o de las instituciones sociales.

Las intervenciones presentan caracteres interesantes: son flexibles y escapan a la pesadez administrativa, permiten estimular los jóvenes talentos. No recompensan logros ya consagrados, como hacen a menudo los premios, pero permiten estimular, crearon equipos nuevos, establecimientos sociales de tipo nuevo. Poseen un efecto de incentivo multiplicador. Lo que es novedoso para el Instituto, es que evoluciona de una misión clásica de saber y de hacer saber a una misión nueva de dar a los galardonados, es decir a los más meritorios, “el poder de hacer” y, lo que es más frecuente, “el poder de innovar”.

¿Qué aporta el Instituto en esta alquimia? Aporta el prestigio a los pasos comprometidos bajo su égida, por relaciones siempre personales y confiadas con los fundadores. Aporta la independencia, que es total, es la razón de ser de las academias, y que la legislación ha consagrado recientemente. Aporta finalmente el recto juicio del experto, que es el valor agregado del Instituto gracias al trabajo realizado por los jurados compuestos de Académicos. Esa es nuestra riqueza, nuestra única riqueza, porque esta misión nueva supone numerosos trabajos científicos por la definición de los temas puestos en concurso, los llamados a candidatura, la selección de los candidatos, la evaluación de sus trabajos y de sus proyectos y la elección de los galardonados que es una aventura común de los fundadores y de los miembros del jurado.

Es para traducir esta evolución y consagrar el lugar nuevo de las academias en la sociedad que el gobierno y el legislador acaban de dar un nuevo estatuto al Instituto y a las academias por ley del 18 de abril de 2006, de programación sobre la investigación. Cuatro artículos contienen la carta de la independencia, y pueden resumirse en una frase: “El Instituto y las academias son personas morales de derecho público que están ubicadas bajo la protección del Presidente de la República y se administran libremente, bajo el único control del Tribunal de Cuentas”.

Las situaciones de las academias no corresponden hoy a los cuadros bosquejados con complacencia por los académicos, o por los observadores. Isorni o en otro registro Cardahi, que son más bien fragmentos intrépidos, o pinturas de costumbres de salones académicos, o apreciaciones críticas, como ha habido siempre, no reflejan lo que nosotros vivimos, lo que vive la mayoría de los académicos de hoy.

¿Qué es ser Académico hoy?

No son personas ricas ni mundanas. Tampoco malvadas ni duramente críticas, como lo fueron con frecuencia en el pasado.

No se entra en el Instituto para ganar dinero. Las relaciones se desarrollan allí en un mundo donde el dinero personal no cuenta demasiado. A la inversa, se entra para estar de cuerpo entero, en igualdad de situación con personalidades que admiramos y que tenemos placer e interés en encontrar. “Somos un conjunto de únicos”, escribió Maurice Druon. Podría haber agregado “y de iguales”.

Por supuesto, ser Académico no representa lo mismo para todos. Para los catedráticos es una prolongación de una carrera que ha sido brillante de punta a punta. Para los investigadores de cincuenta años es una zambullida en un mundo solemne que no conocen y que están felices de descubrir. Para los profesores del Colegio de Francia existe un parentesco particular y estrecho entre las dos instituciones intelectuales más venerables de nuestro país. Para los artistas, los que al menos han seguido la carrera, es una consagración como la entrada a un club. Para los dignatarios es un suplemento de dignidad, siempre buscado. ¿Qué es para los escritores? La pregunta agitó el mundo literario durante todo el siglo XIX y fue gloriosamente resuelta en tres cuartas partes del

siglo XX. La pregunta vuelve hoy a ser planteada. Los mejores escritores, es decir los creadores de ficción, tienen necesidad de preservar la esfera de su creación, de su trabajo. No buscan como antes espacios de sociabilidad que, por otra parte, ya no existen. Se benefician, al contrario, de una poderosa mediatización, cuyas características eligen cuidadosamente. No es seguro que la forma de mediatización que le confiere la Academia Francesa sea la que más le conviene. De allí surge que sea más fácil la elección de universitarios, de ensayistas, de dignatarios, que de novelistas como los que por largo tiempo dieron forma al corazón de la Academia Francesa.

Surge la pregunta más general: **¿qué es una Academia en el siglo XXI?**

No sabemos nada todavía, pero sabemos bajo qué ángulo se posa.

Las academias y la ciencia. Todas las academias tienen una vocación sabia, de investigación, e incluso científica. ¿Es posible mantener hasta una edad avanzada la información científica de los académicos? ¿El cruce de disciplinas es todavía fecundo? La respuesta es dos veces sí. El parlamento del mundo sabio es, más que nunca, una institución necesaria.

¿Las academias y el poder? La respuesta está en la independencia.

¿Las academias y la legislación? Ellas podrían intervenir, ellas están raramente en condiciones de hacerlo. Es una lástima. El Parlamento y los innumerables consejos que concurren a la legislación actúan demasiado en reserva exclusiva, círculo cerrado, y no consultan bastante a las academias.

¿Las academias y las reformas? Reclutamiento y sociología de las academias, en particular la edad de los académicos.

Las academias y la mediatización.

¿Las academias y la identidad de nuestro país? Esta pregunta presenta dos aspectos:

Por un lado, frente al extranjero. Las academias desempeñan una función de representación y de intercambios, por ejemplo las elecciones de correspondientes extranjeros (sistemática en las ciencias), por relaciones bilaterales, privilegiadas o no; caso particular de las academias belga, rumana, marroquí, argentina, etc.

Hay redes internacionales de academias, sobre todo en ciencia. No hay bastantes relaciones entre academias europeas, que tienen sin embargo más parentesco y más para decirse.

Por otro lado, las academias juegan un rol en la conciencia de nuestro país. Las academias y el Instituto de Francia tienen evidentemente esta vocación. Su nombre mismo lo testimonia. ¡Las academias parisinas no son las únicas en el desierto francés! Las academias de provincia son muy vivas, muy activas. Se reagrupan en una conferencia nacional a menudo animada por las Academias del Quai de Conti. Ellas encuentran una nueva vocación además de la sociedad erudita local, una vocación regional que es de constituir un polo de estimulación, de proyección, de fomentar en múltiples áreas las iniciativas innovadoras y la creación contemporánea, de realizar trabajos en red entre ellas y con el Instituto, en resumen de animar la vida intelectual de nuestro país en todas sus partes. El Instituto de Francia y las Academias del Quai de Conti, cada una a su manera, juegan en realidad un rol de componente, de agente catalizador de la identidad francesa.

En el momento que muchas tradiciones, usos, e incluso instituciones son sumergidas por los azotes de la universalización y de la crisis profunda de la educación, las Compañías del Quai de Conti reivindican su calidad de Academia, que es sinónimo de independencia, de excelencia, de recto juicio de expertos desinteresados. Representan el ejemplo de instituciones que se

mantienen, que se adaptan a la modernidad, pero que no reniegan de nada. Son intemporales, por lo tanto modernas. Viven en medio de los grandes ejemplos del pasado y de los grandes problemas del momento. Naturalmente se dan como ejemplo, las damos como ejemplo de una identidad francesa segura de ella misma, abierta sobre el exterior tanto del punto de vista de la lengua por el pluriingüismo, que es nuestro deseo profundo, como de las obras y de las ideas; y siempre favorables al intercambio, porque los trabajos del espíritu no conocen fronteras y porque es lo propio de la lengua y de la cultura francesa jugar un rol de pasarela entre las culturas y de combatir para hacer reconocer la universalidad del espíritu y la fuerza del pensamiento independiente. Es una vocación exaltadora. Ella responde a una necesidad de nuestra época.

Y puedo asegurarles, señoras, señores, que para jugar ese rol y llevar ese testimonio, no faltan candidatos.